

La vida sigue

Jorge de Costa Ruiz

Decano del Colegio Oficial de Biólogos de la Región de Murcia.

decano@cobrm.org

Es un agrí dulce trabajo el que se me plantea al tratar de escribir esta página. Empezaré por lo dulce: presentar una publicación sobre la obra y la vida de un compañero y, como decía el clásico, sin embargo amigo. Lo agrí: que ese compañero y amigo se haya ido para siempre hace más de un año. Por esto último es inevitable acudir a los recuerdos. Y me viene a la memoria que, cuando llegamos a la Facultad de Ciencias de la Universidad de Murcia (el plural es porque éramos dos) en octubre de 1978, Mario ya estaba allí. Era uno de los dos “chicos” que estaban con Xavier Llimona (el otro era José María Egea): los botánicos. En la cuarta planta de la Facultad de Ciencias del Campus de la Merced habitaban en un despacho del Departamento de Biología, un despacho pensado para una persona, pero que meses después se nos antojaba amplio y, desde luego, acogedor. Como los demás profesores recién llegados que habitábamos esa planta del edificio (y algún otro despacho en otro lugar del mismo) formábamos una especie de piña: éramos jóvenes, biólogos, y teníamos el encargo, un auténtico reto, de poner en marcha nada menos que una licenciatura en Biología. Era un poco la hora de la verdad: ahora ya no valía criticar las actuaciones y los planteamientos de aquellos que, siendo en realidad nuestros maestros, nos habían precedido en la gestión, la docencia y la investigación, aunque fuese en otros centros universitarios. Y así, codo con codo, casi físicamente, empezamos la aventura de la Licenciatura en Biología de la Universidad de Murcia. No sólo compartíamos lugares docentes, o la biblioteca del Departamento: seguro que también compartimos alguna comida en el Ipanema, que era casi el comedor universitario de aquellos tiempos.

En 1980 tuvimos un nuevo hito: el traslado a la casa cuna de Espinardo, el embrión, junto a la ya construida Facultad de Medicina, del Campus de Espinardo. Como sólo teníamos dos aulas en aquel edificio, comenzamos a utilizar las de la Facultad de Medicina para los cuatro primeros cursos de la licenciatura. A parte de esos lugares comunes, estaba el cuarto de la fotocopidora y la multicopista, donde, entre copia y copia (en fotocopidora o multicopista —el clásico ciclostil) de guiones de prácticas o de clase, echábamos una parrafada. Y el patio, presidido por su magnolio, paso obligado para los que habitábamos en el ala del fondo del

edificio: de arriba abajo, Genética, Botánica y el despacho de los de Fisiología Animal, aún desterrados y como refugiados apátridas. Y en esa situación estábamos cuando llegó el 23F de 1981. Una tarde de agobios, de reuniones breves y espontáneas para intercambiar información sobre lo que decía la radio: ¿llegan los tanques a Murcia? ¿Se da clase mañana? Noche tensa y de insomnio. Finalmente, casi todos, alumnos y profesores, estábamos a las 9 de la mañana del 24 en nuestras aulas: había que demostrar que lo único anormal en el país eran los guardias civiles que se habían metido en el Congreso de los Diputados. Pero si la mayoría dimos una clase parecida a las habituales, con nervios y con la radio con los auriculares encendida, Mario hizo de su clase un alegato a favor de la democracia y en contra de los golpistas.

La vida siguió y cada uno fue evolucionando en su camino. Nos comprometimos en nuestro trabajo, y algunos, además, en la defensa profesional de los que, año tras año, iban saliendo de nuestras aulas. Mario se abrió camino de manera brillante en el mundo de la micología según se pormenoriza en este número de Eubacteria. También encontró tiempo para la gestión de asuntos comunes de la Facultad de Biología, siendo Vicedecano de Investigación y Promoción Educativa entre los años 1995 y 1999. En ese periodo se reforzó la colaboración entre el Colegio Oficial de Biólogos de la Región de Murcia y la Facultad para la organización de la Semana de Biología. Además, tuvo lugar un hecho trascendental para esta revista: el lanzamiento del número 0, merced al esfuerzo de un grupo de, entonces, alumnos comprometidos con la Delegación de la Facultad, que también colaboraron activamente en el desarrollo de las semanas de Biología.

Hace unos tres años coincidimos en la celebración del XXV aniversario de la IX promoción de la licenciatura de Biología. El buen ambiente de reencuentros que reinaba ni de lejos hacía pensar que esa fuera la última vez que nos viéramos. Pero la vida siguió y sigue, que, como él, excelente biólogo, sabía, es un fenómeno pertinaz que, a pesar de todo, se renueva todos los días.